



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

ABDERRAHMAN EL FATHI
El lenguaje de la felicidad

Edición impresa

Abderrahman El Fathi, *El lenguaje de la felicidad* (2010)

En

Ana Rueda (ed.) (2010) *El retorno/el reencuentro. La inmigración hispano-marroquí en la literatura*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana Vervuert. (pp. 149-152)

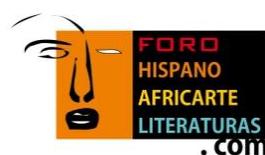
Edición digital

Abderrahman El Fathi, *El lenguaje de la felicidad* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



El lenguaje de la felicidad

Abderrahman El Fathi

Fueron tediosas y eternas horas, en largas colas de desesperación, junto a las dependencias del Consulado. Entre rejas de impotencia, viendo pasar la curiosidad por la calle Mohamed V, que no cesaba de su habitual vaivén, entre tumultuosas miradas de desesperación y agrias esperanzas olvidadas, entre los bajos del antiguo Banco de España. Hasta que por fin, un día, mi nombre adquirió un eco, un color, y quedó plasmado en una libreta a la que llaman pasaporte, adornada con uno de los sellos más añorados de todo el país. Algunos me dijeron que más de la mitad de la población del planeta la pretendía. Pero yo no entendía nada de eso. La felicidad de mi familia que me acompañaba me contagió tanto que lloré como si fuera poseedora de los cromos más raros que existieran, y que además me permitían volver a abrazar a mi mamá.

Era la hora de la reagrupación familiar. Recuerdo la travesía de ese amplio Estrecho de Yabal Tarik. Cuando me alejaba del puerto que me vio nacer, las lágrimas se confundían en el azul inmenso de las aguas que me llevaban hacia mi madre, ese ser que un día, de madrugada, sin tiempo siquiera para un beso, cuando el sol asomaba su tímida luz en mi ventana, se marchó, en una huida para procurarme un futuro mejor.

Llegó el momento, y allí estaba, en el puerto, en el barco, en las mismas aguas que me arrancaron a mi mamá y que ahora me devolvían a sus brazos. Tantas veces maldije el mar que me alejaba del beso matinal, del desayuno con té y cariño... Me veía a lomos de las mismas olas, del mismo mar, sólo que ahora éste me brindaba la oportunidad de reunirme con ella.

Allí estaba, risueña, más mamá que nunca. Aún mantengo en mi piel y mi corazón el abrazo del reencuentro, tan distinto a la felicidad de la puerta del consulado, cuando lloraba con amarga impotencia y desesperación. Realizaré por fin todo aquello que me prometió en aquellas cartas que me leían al llegar a puerto.

Me desperté, y junto a la almohada me miraba un muñeco de vivos colores y ojos saltones, una gran pelota, suave al tacto, de color distinto a los que tenía antes de llegar a esta tierra. Los rayos del sol me invitaban a respirar un aire más fresco y tierno que el día de la travesía. Era mi primer día lejos del puerto, de mis abuelos, de mis amigos de la Kasbah, de la lengua en la que hablo y grito y cuento historias y juego y discuto y sueño.

Lo que más me incomodaba e inquietaba era no poder hablar y comunicarme con mis nuevos amigos del país al que me trajo mi mamá. En un principio me sentí diferente, ausente, ajena a todo este mundo recién estrenado, al despertar de mi nuevo hogar. En el parque, cerca de casa de mamá, había muchos niños y niñas, corrían, hablaban, chillaban, se reían, se decían cosas. Eran tan felices... Sus caras rebosaban e irradiaban alegría pero yo no podía entenderlos. Sin poder comunicarme con

ellos, me delataban mi color, mi pelo, mi estatura, mi mirada fija y extrañada y mi silencio ensordecedor.

En esa confusa y desalentadora situación se acercó a mí una niña impecablemente vestida, de tez más blanca que las espumosas aguas del Estrecho, en cuyo pelo brillaban estrellitas de colores que cubrían su rubia melena de seda. Me dijo tantas cosas, y tan deprisa, que aunque la hubiera entendido no habría sido capaz de descifrar sus palabras. Sin embargo, me tomó de la mano y me llevó donde estaban sus otros compañeros. Me invitó a subir al columpio para compartir conmigo los caramelos que tenía, todos ellos envueltos en papeles de mil colores. Entonces me di cuenta de que podía hablar, que podía comunicarme con ellos aun siendo distintos, pues nos unía la ilusión de subir al columpio y jugar, sí, jugar y gritar de felicidad.

Compartíamos el parque, los juegos, los caramelos y, sobre todo, aquel columpio que me elevó hasta ver las copas de los árboles más altos del parque, en una experiencia inolvidable. Por fin, cuando llegué a casa, le dije a mamá que hablaba el mismo idioma que los niños extraños que no eran de mi país, el lenguaje de la felicidad y las sonrisas y los gritos y los columpios, y también el lenguaje de los caramelos que compartíamos y de los helados que se derretían en nuestras manos.

Mi sueño con mamá en tierras lejanas se hizo realidad. Tenía amigos y amigas que no hablaban como yo al inicio de mi estancia, pero con los que me entendía con sólo mirar a la cara.